

pañeros de Stauffacher, Walter Furst y Guillermo Tell escalaban el castillo de Uri, reputado como inespugnable, Melchtal y sus héroes se apoderaban de las demás fortalezas. Por la noche, las hogueras encendidas por los vencedores en todos los baluartes conquistados, transmitían de cima en cima y de ola en ola el primer resplandor de la independencia helvética, que ocho siglos no habían de bastar á extinguirlo. Esa fecha se confundía con el nombre de Tell, que había sido, si no el fundador, al menos la ocasión de la libertad de su país.

Felices los hombres cuyos nombres son fechas semejantes, que llegan á designar su pueblo. La posteridad no les pide ya su título á la gloria, sino que los confunde con la grandeza, la virtud, la eternidad de su raza, y los bendice en los últimos descendientes suyos.

XVII.

Así ha sucedido con ese pobre aldeano llamado Guillermo Tell. Su simplicidad guarda admirable analogía con el pueblo sencillo y pastoril, que celebra para siempre su nombre y su aventura en sus tradiciones. Su imagen, la de su muger y de sus hijos, se asocian agradablemente á los paisajes imponentes, rústicos y risueños de la Helvecia, esa Arcadia moderna. Cada vez que el viajero los visita, que aparecen á sus ojos en el firmamento las cimas inaccesibles del monte Blanco, de San Gothardo, del Rigi, como la bandera teñida por la aureo-

la de la libertad; cada vez que el lago de los Cuatro Cantones muestra una barca vacilante sobre la cima azul de sus olas, que la cascada se desmenuza en polvo desde lo alto del Sptugen y se quiebra contra las rocas, como la tiranía contra los pechos libres; cada vez que las ruinas de una fortaleza austriaca oscurece con las cortinas de sus murallas un promontorio de Uri ó de Glaris, y que un rayo de sol puro dora en la pendiente de una aldea el verde terciopelo de una pradera donde pacen los ganados al son de las campanillas y del ranz de las vacas, ve la imaginación en el origen y en el fondo de todas esas escenas, el sombrero colocado sobre la punta del abeto, el arquero condenado á atravesar la manzana sobre la cabeza de su hijo, la manzana que cae atravesada por la flecha, el padre encadenado en la barca demandando por la noche la tempestad y su propia cóltera para salvar á su verdugo, y luego, por último, cuando el verdugo ingrato amenaza á la muger y á los hijos de su libertador, se ve á este ceder al fin á la naturaleza, y herir de muerte al perseguidor.

La sencillez de esta historia se asemeja á un poema: es un idilio en que solo brilla una gota de sangre entre el rocío, sobre una hoja de árbol y sobre una mata de yerba. Parece que la Providencia se complace en dar á cada pueblo libre por fundador de su independencia, un héroe fabuloso ó real, en armonía con los sitios, las costumbres y el carácter de los pueblos: á un pueblo rústico y pastoril como los suizos, un aldeano heroico; á un pueblo altivo y sublevado, un soldado lleno de honradez. Aquí Tell, con su flecha y su manzana; allí Washington, con su espada y sus leyes

BOSSUET.

PRIMERA PARTE.

Año 1627 de J. C.

I.

Si, después de haber estudiado en todos sus detalles la vida, los actos, las obras, las creencias, las faltas, las virtudes, el estilo y la palabra de un hombre tan memorable como Bossuet, queremos reasumir en una sola palabra el carácter general de este hombre, la que se presenta al espíritu para caracterizar á Bossuet es la de *El Sacerdote!*

Para que este aparezca en toda su magestad, en toda su autoridad, en toda la pompa moral de la imaginación, no puede personificarse mas completamente que en *Bossuet*.

Bossuet, para ser él mismo, para desarrollar en toda su estension y en toda su altura las grandes cualidades de alma, de genio, de gobierno y de elocuencia de que le había dotado la naturaleza, no podía ser otra cosa que *sacerdote*.

Este hombre estaba formado para el sacerdocio, para el pontificado, para el altar, para el atrio, para el púlpito, para la ropa talar, para la tierra. Cualquiera otro lugar, función ó traje no cuadraban á aquella naturaleza. La imaginación no podría representarse á Bossuet bajo el traje seglar. Nació pontífice. La naturaleza y la profesión se hallaban tan indisolublemente unidas y confundidas en él que el mismo

pensamiento no puede separarlas. No era un hombre; era un oráculo.

II.

No queremos adular, ni denigrar aquí al sacerdocio. No queremos hablar del sacerdote sino como filósofo ó historiador; la teología es, como la conciencia, del dominio privado de cada comunión. No entraremos en él; pero dejando á un lado la teología del sacerdote, y no considerando aquí mas que la profesión sacerdotal en sus relaciones con el mundo, debemos reconocer las superioridades morales y los privilegios inherentes á esta profesión para el hombre de genio y de virtud que á ella se consagra.

Desde luego se difunde instantáneamente sobre el sacerdote una preocupación de piedad, de fuerza y de virtud. La santidad del santuario le sigue en cierto modo fuera del lugar santo. Esta preocupación no es puramente imaginaria. Conocemos las debilidades, los vicios, las ambiciones, los orgullos y las hipocrestas de estado, envueltas en paño burdo ó en lino; el mismo Evangelio levanta la piedra de los *sepulcros blanqueados* para desacreditar las santas apariencias. Si, el hábito no hace al monge, el vestido no quita las deformidades del cuerpo. Hay vicios en los sacerdocios y estos mismos vicios lo son mas que en otras condiciones, porque juran mas con la santidad de Dios y con la pureza de la moral.

Pero, no concediendo sobre este particular ningún privilegio á los sacerdocios, no es imposible dejar de reconocer que la vocación ejerce influencia sobre la vida, y que la profesión sacerdotal es aquella en que, en número

igual, la mirada imparcial del filósofo y del moralista descubre más piedad y virtud.

Para esto no hay necesidad de buscar una causa sobrenatural. A falta de otra está la vocación misma. Desde luego se nota sino en todos, en el mayor número, que las naturalezas que se destinan á esa vida áspera, ingrata, contemplativa, de abandono completo de las cosas terrenales, y de habitación anticipada en el cielo, son graves, melancólicas, castas de corazón, exentas de pasiones enérgicas que turban la vida, inclinadas á la obediencia, al recogimiento, á la adoración, á la plegaria y á la abnegación de todo lo terrenal por las cosas divinas. Esta vocación no es la virtud, pero es la pendiente que conduce á ella. Hay más probabilidad en que el hombre que por su naturaleza está colocado sobre esta pendiente, llegue á la santidad que á la depravación.

Por otra parte, la profesión es un ejercicio habitual y constante de ciertas facultades morales del hombre en detrimento de las demás facultades. Este ejercicio, impuesto desde la infancia hasta el sepulcro por la profesión, fortifica las buenas inclinaciones y atenúa las malas. La virtud es una fuerza, y esta fuerza se centuplica, como todas las demás, ejercitándola. ¿Quién se atrevería á negar que la lucha no forma al atleta, la batalla al guerrero, la tribuna al orador y la reflexión al filósofo? ¿Porqué el estudio, la oración, el recogimiento y el combate cuerpo á cuerpo no han de formar también la piedad y la virtud? Solo el hábito de meditarla, predicarla y practicarla en sus actos exteriores bastaría para inspirar amor á ella, y formarla en simulacro, ya que no realmente, en el alma. Es, pues, generalmente hablando el sacerdocio una presunción legítima de virtud.

Cuando queréis oro, lo buscáis en casa del platero; cuando queréis incienso lo buscáis en el incensario; cuando queréis santidad, la buscáis en los que se santifican por excelencia.

Hay otra razón para que la virtud sea más frecuente y pura en la profesión sacerdotal que en las demás, y es ese suplemento á la honestidad que se llama el pudor público. Las miradas del mundo están fijadas sobre el sacerdote para ver si ajusta su vida á su profesión. El vicio, que no es más que vicio en el mundo, es escándalo en el santuario. Este pudor es un centinela profano, pero al fin es un centinela vigilante de la vida de los ministros de los altares. El que lleva una túnica blanca teme más las manchas que el que lleva el vestido de la muchedumbre.

La veneración de instinto que envuelve al sacerdote en una preocupación de virtud superior al resto de los hombres, no es puramente una quimera. El respeto al sacerdocio es signo del respeto interior que toda alma piadosa tiene á la Divinidad. Se cree con razón que esos hombres viven en comunicación más íntima con lo infinito que todos buscamos; tie-

nen nombres misteriosos escritos sobre su pecho; llevan la librea del Rey de los reyes; él es á quien se saluda en sus ministros.

Y después tienen la palabra en la tribuna de las almas; son los oradores de la moral; el pulpito es su trono. Para el sacerdote de genio ese trono está más alto que el de los reyes, porque desde allí reina sobre el mundo de las conciencias. De todos los puestos donde un mortal puede elevarse sobre la tierra, el más alto para un hombre de genio es indudablemente una cátedra sagrada. Si ese hombre es *Bossuet*, es decir, si reúne en su persona la convicción que asegura la actividad, la pureza de vida que preconiza el Verbo, el celo que devora, la autoridad que impone, la fama que predispone, el pontificado que consagra, la vejez que es la santidad del rostro, el genio que es la divinidad de la palabra, la idea reflexionada que es la conquista de la inteligencia, la explosión repentina que es el asalto del espíritu, la poesía que es el resplandor de la verdad, la gravedad de la voz que es el timbre de los pensamientos, los cabellos blancos, la palidez conmovida, la mirada profunda, la boca cordial, los gestos en fin que son las actitudes visibles del alma; si este hombre sale lentamente de su recogimiento así como de su santuario interior; si se deja levantar poco á poco por la inspiración, como el águila, pesada al principio, cuyos primeros aleteos abarcan penosamente bastante aire para remontan su vuelo; si al fin toma aliento y fuerza, si no siente ya el pulpito bajo sus pies, si respira ampliamente el espíritu divino y si derrama inagotablemente desde esa altura desmesurada la inspiración ó lo que se llama la palabra de Dios en su auditorio, ese hombre no es ya un hombre, es una voz.

¡Pero qué voz!... una voz que no se ha enroquecido, quebrantado, ni irritado en nuestras riñas mundanas y apasionadas de intereses ó del siglo, una voz, que como la del trueno en las nubes, ó la del órgano en las basílicas, no ha sido jamás otra cosa que un elemento de poder ó de persuasión divina en nuestras almas! una voz que no habla sino á oyentes arrodillados! una voz que es escuchada en silencio, á la cual nadie responde sino inclinando la frente, ó bañando sus ojos en lágrimas, que tales demostraciones son los aplausos mudos del alma una voz que no es refutada ni contradicha jamás, aunque asombre ó hiera! una voz en fin que no habla ni en nombre de la opinión, cosa fugitiva; ni en nombre de la filosofía, cosa discutible; ni en nombre de la patria, cosa local; ni en nombre de la soberanía del príncipe, cosa temporal; ni en nombre del orador mismo, cosa trasformada; sino en nombre de Dios, autoridad de lenguaje que no tiene igual en la tierra, y contra la cual el menor murmullo es impiedad y la menor protesta blasfemia!

¡He aquí la tribuna del sacerdocio! ¡he aquí

el trípode del profeta! ¡he aquí la cátedra del orador sagrado! No podemos dejar de ver en ellas á *Bossuet*, ni podemos verlo en otra parte. La historia no es más que la historia de esta elocuencia. El hombre era digno de su tribuna: las demás elocuencias no suben á esas alturas. Los nombres que la representan siguen siendo grandes; pero *Bossuet*, que los iguala en genio, los sobrepasa en la elevación de su tribuna. Ellos hablaban desde la tierra, *Bossuet* habla desde las nubes. *Cicerón* no tiene ya verbosidad ni altura; *Demóstenes* no tiene ya violencia de persuasión; *Chabran* no tiene ya poesía oratoria; *Mirabeau* no tiene ya afluencia, *Vergniaud* no tiene ya imágenes. Todos tienen menos elevación, extensión y magisterio en la palabra. Estos son oradores humanos; el orador divino es *Bossuet*. Para oírle, es preciso subir á su nivel, al cielo.

Narraremos su vida; esta no fué más que su voz. Nació, vivió y murió en el templo. Su existencia no fué más que un discurso. El hombre desaparecer en él con el sacerdote. Aquí es donde se necesita buscar la fuente de su genio, de sus virtudes y de sus rigores. Hombre bueno, sacerdote inflexible, vengando su dogma, creyó vengar á Dios.

III.

Nació en Dijon, capital de la Borgoña, el 28 de setiembre de 1627. Al día siguiente lo llevó á la iglesia gótica de San Juan una familia piadosa, como si fuera su destino hacer oír sus primeros vagidos en aquellas catedrales del viejo cristianismo que debía llenar hasta su muerte con su poderosa voz. Diéronle los nombres de Santiago y Benigno. Su abuelo, que llevaba un registro doméstico de los acontecimientos y fechas de su casa, inscribió proféticamente á continuación del nombre de su nieto este versículo de la Biblia: *El Señor le ha conducido y enseñado; lo ha preservado como á la niña de sus ojos.*

Llamábase su padre *Benigno Bossuet* y su madre *Magdalena Mochette*. Esta mujer había ya dado seis hijos á su marido; *Bossuet* fué el séptimo; debía dar todavía tres más á aquella casa.

La familia de los *Bossuet*, que por medio de este niño llegó á ser la gloria de la Borgoña, era antigua. La etimología de este nombre, derivado del latín, parecía indicar en su origen el carácter rural, laborioso y sufrido de algún antepasado, labrador de duros surcos, *Bos suetus aratro; el Buey aplicado al arado.* El genio infatigable y disciplinado del niño que acababa de nacer, no debía desmentir las cualidades que caracterizaban su raza.

Su familia no era antigua en Dijon, pues

se había trasladado á esta ciudad de otra pequeña de la misma provincia, llamada *Scurre*, pueblo de cultivos y pasto en las praderas de las fuentes del Saona. El movimiento natural y ascendente que impulsa á las familias acomodadas, á medida que contraen alianzas más lejanas y elevadas, á trasplantarse desde los campos á los pueblos pequeños, y de los pueblos pequeños á las capitales de provincia, había llevado al abuelo de *Bossuet* á Dijon, ciudad, por decirlo así federal, que conservaba los vestigios de su nacionalidad independiente. El abuelo de *Bossuet*, sus hermanos, hijos y sobrinos, habían ocupado allí esos cargos inferiores, pero considerados, del parlamento y del tribunal de cuentas, grados por los que la clase media alta subía de magistratura en magistratura hereditaria á la nobleza. Tenía amigos y parientes en la aristocracia orgullosa y exclusiva de Dijon. Ese desprecio innato que trajo *Bossuet* al nacer contra la igualdad de las condiciones, su afición á la autoridad, su palabra imperativa y su mirada seca son vestigios de aquella raza patricia de la alta Borgoña, donde la sangre caliente en la cabeza, deja generalmente frío el corazón. El carácter de una raza se refleja en cada uno de sus hijos. Las excepciones no son más que casualidades. El genio de un hombre no desmiente el grado de una ciudad. Dijon es una capital de inteligencia, no de entusiasmo, ni de sentimiento. *San Bernardo*, *Bossuet*, *Buffon*, hijos de esta ciudad, son hombres de bronce ó de mármol más que de carne. El uno tiene por víctima á *Abelardo*, el otro á *Fenelon*; el tercero diseña la naturaleza entera sin encontrar en ella una lágrima, ni un himno, ni un Dios.

IV.

En la época del nacimiento de *Bossuet* fué nombrado su padre consejero del parlamento de Metz, quedando su mujer é hijos en Dijon. Uno de sus hermanos, *Claudio Bossuet*, consejero también del parlamento de Borgoña se encargó del cuidado de la familia. Era austero y letrado como lo requería su profesión. Desde luego vislumbró la extraordinaria capacidad de su sobrino y se dedicó á cultivar su talento en honor á su nombre. El niño, criado en la casa, pero yendo á recibir todos los días la enseñanza clásica y religiosa al colegio de los jesuitas, sobrepasaba en naturaleza á todos los de su edad. Maestros y discípulos no le midieron pronto sino consigo mismo. Nadie intenta envidiar sino lo que espera igualar. La supremacía de aquella inteligencia desconcertó todo, hasta la admiración. No tuvo infancia sino en su rostro; su espíritu estaba ya maduro al nacer. Los libros de la biblioteca de su

no apenas bastaban á su impaciencia de lectura. Su pasión por lo bello en la idea, en la imagen y en la armonía le arrastró sobre todo al estudio de los poetas, esos divinos músicos del alma. Se embriagó con versos. Homero sobre todo que pinta toda la naturaleza como un Océano límpido retrata, removiéndolas, sus riberas, fué la Biblia profunda de su imaginación. Aquí fué donde bebió la sencillez, la magestad y el estilo patético. Los profetas le dieron el lirismo y el grito, y por lo mismo no se comprende como se engolfó toda su vida en el poeta latino *Horacio*, espíritu esquisito, pero refinado, que no tiene por cuerda en su lira sino las fibras más delicadas del corazón; voluptuoso indiferente que se divierte en escuchar murmurar dentro de sí la ola de la vida corriendo por entre las flores á la muerte. Nada hay en Horacio que pueda justificar esa predilección de Bossuet, si ya no es la gracia desnuda del pensamiento, esa primera palabra venida de la inspiración, ese juego peligroso y siempre feliz del verso libre que el poeta lanza, como aventurándose á romperlo en su caída, y que cae siempre cadencioso y siempre ajustado á la idea. Bossuet, como todos los hombres felices, era muy dado á estos azares.

Acaso también esa inexplicable predilección por Horacio, el menos divino de todos los poetas, dependía de haberse aparecido á Bossuet la poesía por primera vez cuando todavía era niño en las páginas de este poeta. Esta seductora aparición se había prolongado y trocado en gratitud en su alma. En las bibliotecas, como en el mundo, hay malos encuentros que llegan á ser antiguas amistades.

V.

Pero la Biblia lo borró todo, excepto ese ligero recuerdo de Horacio. La Biblia, y sobre todo la Biblia poética, con sus rayos y resplandores, hirió la vista del niño. Creyó ver el fuego vivo del Sinaí y oír la lengua de Dios repercutida por las rocas del Horeb. Su Dios fué Jehová, su legislador Moisés, su pontífice Aarón, su poeta Isaias, su patria la Judea. La vivacidad de su imaginación, el lirismo de su espíritu, la analogía de su naturaleza con la naturaleza oriental, el entusiasmo de la edad, la divinidad de la lengua, la novedad eterna de la narración, la magestad de las leyes, el grito desgarrador de los himnos, en fin, el carácter de vejez, de consagración y de divinidad tradicional del libro hicieron al punto de Bossuet un hombre bíblico. El metal estaba en ebullición; hizo fácilmente la impresión y quedó para siempre. Este niño llegó á ser profeta. Tal nació, creció, vivió y murió. La Biblia se había hecho hombre.

VI.

No podemos estudiar en las narraciones de su infancia el impulso que Bossuet recibió de aquella lectura sin recordar las huellas profundas y gigantescas del dedo pulgar ó del pie de Adán y de Boudha, que los crédulos habitantes de la India ó de la Arabia enseñan á los viajeros, impresas en el granito del Líbano ó del Thibet. La roca, petrificada por los siglos, ha conservado en hueco la impresión recibida por la arcilla. La carne se ha hecho granito. Lo mismo sucedió con la Biblia en el espíritu del niño.

No tenía aun nueve años cuando le cortaron los cabellos para hacerle una corona en señal de consagración al altar. A los trece años le nombraron canónigo de Metz con una dote anticipada sobre las riquezas de la Iglesia que le alistaba y pagaba antes de la edad de los servicios. Aquella tonsura y aquel vestido cuadraban muy bien á su fisonomía y á su continente. Todos reconocieron al levita en el niño. Su talla, que debía crecer mucho más, era muy alta para su edad; tenía la delicadeza y la flexibilidad del hombre que no está destinado á llevar otra carga que el pensamiento que se desliza con callados pasos por entre las columnas de las basílicas y á quien la genuflexión y prosternación habituales doblegan bajo la magestad de Dios. Sus cabellos, de color oscuro, eran sedosos; una espiga involuntaria levantaba en la parte superior de la frente uno ó dos rizos como la diadema de Moisés ó como los cuernos del carnero profético; plantados así esos cabellos, cuyo movimiento se encuentra hasta en sus retratos de edad avanzada, daban aire é inspiración á su cabellera. Sus ojos eran negros y penetrantes, pero dulces. Su mirada era una luz continua y serena, que atraía los ojos sin deslumbrarlos. Su frente elevada y ancha dejaba ver al través de una piel fina las venas entrelazadas de las sienes. Su nariz casi recta, delgada y delicadamente esculpida, entre la molición griega y la energía romana, no estaba ni arremangada por la impudencia, ni abatida por la pesadez de los sentidos. Su boca se abría ampliamente entre unos labios finos; estos temblaban comunmente sin hablar como al viento de una palabra interior que la modestia reprimía delante de los hombres de más edad. Una semi-sonrisa llena de gracia que parecía querer indicar algún pensamiento secreto era su expresión más favorita. Veíase en ellos una disposición natural á la sinceridad, jamás la rudeza, ni el desden. En resumen, en aquella fisonomía, la gracia del carácter cubría tan completamente la fuerza de la inteligencia, y la suavidad de cada facción templaba en ella tan armoniosamente la virilidad del conjunto, que no se columbraba el genio sino por el bosquejo delicado de los músculos y nervios

del pensamiento, y el atractivo triunfaba de la admiración. Ningún lector de las obras ó de la vida de aquel hombre temible daba el nombre de Bossuet á esa figura templada que nos han dejado los pintores, y esto sin duda, porque el alma en aquel grande hombre era de un temple y el genio de otro. La naturaleza le había hecho tierno, el dogma le había hecho duro; pero entonces no estaba más que sereno. Sus mejillas flacas y la palidez precoz de la tez imprimía sobre su rostro el ascetismo del templo y las vigiliadas del estudio luchando con la savia de la vida.

Tal era Bossuet en aquella edad, así le haremos también en la vejez, bajo el pincel del pintor ó bajo el cincel del estaturio: belleza moral que no tiene infancia, ni tampoco caducidad.

VII.

Esta figura y este carácter le hacían respetar por los que le amaban. No se veía huella de un defecto en su infancia ó de una ligereza en su juventud, pareciendo escapar sin lucha de las fragilidades de la naturaleza y no tener más pasión que lo bello y lo bueno. Hubiérase dicho que él mismo respetaba de antemano la autoridad futura de su nombre y que no quería que hubiese que tolerar una mancha humana sobre el hombre de Dios cuando con el mismo pie del siglo entrase en el tabernáculo.

VIII.

A los catorce años, su padre, decano del parlamento de Metz, le llamó á aquella ciudad para que gozase de su canongía y concluyera sus estudios de humanidades y teología. No tardaron en enviarle á París á fin de esponerle desde mayor altura á los ojos de la Iglesia, de que ya era esperanza.

Entró en la ciudad de París el día en que el cardenal de Richelieu moribundo regresaba á ella como Tiberio á Roma, en medio del silencio del terror y todo teñido de la sangre de Cinq-Mars y de Thou que acababa de derramar en Lyon. Bossuet asistió á esta entrada del sacerdote ministro y verdugo, que tenía completamente sojuzgado á su rey convirtiéndolo de señor en esclavo. Este espectáculo recordaba el Bajo Imperio en toda su ignominia y ferocidad. El ministro envidioso arrancaba al rey sus amigos y arrojaba insolentemente sus cadáveres á sus pies, so pretexto de inmolarlos como víctimas á la monarquía. El rey temblaba, lloraba y callaba. El pueblo asombrado miraba sin

comprender. La historia ha sido bastante cobarde para imitar al pueblo y para considerar como un mérito la audacia de ese Seyano caprichoso, extravagante y sanguinario y aun para glorificar la memoria de sus cadalsos. Esta memoria acabará por ser un baldón cuando la verdadera posteridad juzgue los actos por su moralidad y no por el éxito que hayan tenido.

IX.

La mano de Dios se había encargado al fin de librar al trono y á la nación de ese Cromwell de la Francia. El cardenal de Richelieu espiraba bajo la fatiga de su ambición y de su tiranía. Disimulábase á sí propio y trataba de disimular al pueblo su agonía bajo el afeite de sus mejillas y el aparato de un triunfo. Para evitarle los sacudimientos de las ruedas, veinte de sus lictores personales, con la cabeza siempre desnuda, al sol ó á la lluvia, relevándose de un extremo á otro del reino, sostenían en hombros su litera. Esta litera era una cámara portátil, en la que tenía su cama, su mesa de consejo, sus familiares y sus secretarios, dando en el camino sus órdenes al imperio para distraer sus insomnios. Como las puertas de las ciudades no eran bastante altas ni anchas para aquel palacio móvil, se echaban abajo para dar paso al anciano. De este modo fueron derribadas también las de París. En las calles que debía seguir el cardenal al dirigirse al Louvre se habían puesto cadenas para contener á la curiosa muchedumbre, que contemplaba con estupor al través de los cristales del coche al cardenal medio acostado sobre un lecho de púrpura, dictando á su secretario, sentado delante de la mesa, no sé qué órdenes de ostentación para sus ministros. Todos se inclinaban ante el sacerdote temblando ante el tirano.

Bossuet experimentó una impresión profunda y duradera de aquel triunfo, porque en él veía la imagen viva de la teocracia y monarquía egipcias ligadas una á otra por una indisoluble solidaridad de imperio, pero en que el rey se humillaba ante el sacerdote y el pueblo se prosternaba ante los dos. Esta primera apariencia casual el día mismo de su llegada á París debió despertar en el ánimo del joven Bossuet ciertos recuerdos históricos de hechos antiguos. Aquella era la púrpura del príncipe de la Iglesia y la omnipotencia del ministro en perspectiva en un mismo hombre. Bossuet por su profesión debía aspirar á la una y por su genio á la otra. Pronto veremos que, sino su destino, este fué á lo menos su sistema hasta la muerte.